

Larry W. Hurtado, *How on Earth Did Jesus Become a God? Historical Questions about Earliest Devotion to Jesus*, Grand Rapids – Cambridge 2005, xxii + 234 pp.

Larry W. Hurtado, *God in New Testament Theology*, Nashville 2010, xiv + 152 pp.

Recensión de Santiago Guijarro

en *Salmanticensis* 59 (2012) 129-136

El interés de unir en una misma recensión estos dos libros, separados en su publicación por un arco de cinco años, reside en el hecho de que ambos desarrollan y amplían en algunos aspectos la reflexión planteada por su autor en una monografía precedente que ha tenido una notable repercusión en los estudios del Nuevo Testamento y de la primitiva cristología (*Señor Jesucristo. La devoción a Jesús en el cristianismo primitivo*, Salamanca 2008). El libro fue publicado originalmente en inglés el año 2003 y, antes de su aparición en español, algunos profesores de Facultad de Teología de la UPSA tuvimos ocasión de discutirlo con el autor en un acto académico organizado para presentarlo [véase: *Salmanticensis* 53 (2006) 61-80]. En los dos volúmenes objeto de esta recensión se vuelven a suscitar algunas de las cuestiones planteadas en aquel amplio estudio y se profundiza en ellas teniendo en cuenta las objeciones y matizaciones que otros estudiosos han planteado a las tesis de su autor.

Antes de hacer una breve presentación de ambos volúmenes, quizás sea útil decir que Larry Hurtado lleva ya más de veinte años tratando de responder a la pregunta que plantea en el primero de estos libros de forma provocativa recurriendo a una expresión idiomática, que se podría traducir en español: “¿Cómo diablos llegó Jesús a ser un Dios?”. Su tesis es que, para responder adecuadamente a esta pregunta, debemos fijarnos ante todo en el culto y adoración que los primeros cristianos tributaron a Jesús (todo ello representado en sus escritos por la palabra *devotion*, que no es fácil de traducir). Según Hurtado, analizando estas expresiones, que son del todo peculiares en el entorno religioso del cristianismo naciente, se llega a la conclusión de que el reconocimiento de Jesús como una figura divina junto al Dios de Israel no fue el resultado de un largo proceso, como sostenía la escuela de la historia de las religiones, sino más bien un fenómeno explosivo que tuvo lugar en los años inmediatamente

posteriores a la Pascua. En opinión de Hurtado, las fórmulas de fe y los himnos incorporados por Pablo a sus cartas contienen ya este reconocimiento que sería, por tanto, muy temprano.

Algunos aspectos de la tesis de Hurtado han sido objeto de discusión en estos años, sobre todo en el marco de un interesante diálogo académico que está teniendo lugar en el Reino Unido entre él, James Dunn y Richard Bauckham, un diálogo al que se han sumado también algunos discípulos de estos (p.e. James McGrath). En este diálogo se han hecho importantes matizaciones a aspectos cruciales, tales como el monoteísmo judío (McGrath), el culto a Jesús (Dunn) o la forma de definir su condición divina (Bauckham). Los dos libros de Hurtado que voy a recensionar se hacen eco de esta discusión y deben situarse, por tanto, en el marco de esta búsqueda que ha puesto en primer plano una cuestión fundamental: aclarar cómo se configuró la imagen cristiana de Dios.

El primero de ellos, muy cercano en el tiempo a la publicación de *Señor Jesucristo*, tiene dos partes. La primera reúne cuatro conferencias pronunciadas por el autor el año 2004 en la Universidad Ben Gurión de Beer-Sheva, Israel, mientras que la segunda incluye cuatro publicaciones previas que están relacionadas con los temas tratados en dichas conferencias. Desde el punto de vista de esta recensión, que intenta dar noticia de la reflexión posterior al *opus magnum* de Hurtado, la primera parte del libro reviste un mayor interés que la segunda.

El capítulo primero, que reproduce el título del libro, ofrece una visión panorámica de los distintos acercamientos al tema de la devoción a Jesús en el cristianismo naciente. Después de presentar algunas explicaciones que se han dado a este hecho, principalmente a la tesis evolucionista de la escuela de la historia de las religiones (Bousset), propone su propio acercamiento basado en cuatro criterios: a) incluir la práctica cultural junto a las creencias; b) tener en cuenta seis de estas prácticas que son características del cristianismo; c) uso de un modelo teórico tomado de las ciencias sociales que explica la capacidad innovadora de la experiencia religiosa; y d) explicación a partir de factores internos de la mutación religiosa que supuso el culto a Jesús.

El segundo capítulo, titulado “La devoción a Jesús y la piedad monoteísta judía del segundo templo” es una presentación sintética y renovada de la tesis fundamental defendida por Hurtado en sus escritos anteriores. Asumiendo la afirmación de Hengel, según la cual en los primeros años del cristianismo se dio un avance en la cristología mayor que en los siete siglos posteriores, el autor subraya que en la fe cristológica no se aprecia una evolución significativa, pues se encuentra ya definida en sus líneas fundamentales desde el comienzo.

Por otro lado, el origen judío de los primeros cristianos hace poco verosímil que el ambiente religioso pagano haya tenido un influjo importante en el reconocimiento de la condición divina de Jesús. Subraya enseguida que la fe cristiana tiene su fundamento en el monoteísmo judío y que el Dios de Jesús es el Dios del AT. La segunda parte del capítulo está dedicada a mostrar cómo concebían los primeros cristianos el lugar y el papel de Jesús junto a Dios y la novedad que supone esta relación. Ellos seguían confesando un único Dios, pero junto a él situaban a su único Hijo, a quien proclamaban como Señor. Nace así lo que Hurtado llama la “fe binitaria”, que dará lugar en los siglos posteriores a una formulación más precisa de la fe en el Dios uno y trino.

El capítulo tercero, que lleva el sugerente título de “Vivir y morir por Jesús: consecuencias sociales y políticas de la devoción a Jesús en el cristianismo naciente”, explora las secuelas que tuvo para aquellos primeros seguidores de Jesús la adhesión a la fe cristiana. En el entorno religioso del imperio romano las exigencias del cristianismo resultaban comprometedoras. La mayoría de los adeptos a otras religiones encontraban natural dar culto a diferentes divinidades. Sin embargo, la adhesión al Dios cristiano y al Señor Jesús exigía una exclusividad que tuvo consecuencias no solo dentro de la familia, sino también en la vida social e incluso en el ámbito político. Hurtado explora con detalle los datos que ofrecen los primeros escritos cristianos sobre dichas reacciones adversas en todos estos ámbitos y concluye con una reflexión acerca de las motivaciones que pudieron hacer soportable aquella adversidad: quienes se adherían a un grupo cristiano podían encontrar la compensación de una nueva familia, pero sobre todo encontraban un nuevo horizonte, una nueva experiencia religiosa que llenaba sus vidas de sentido.

El cuarto y último capítulo de la primera parte está dedicado al estudio de un caso de la temprana devoción a Jesús: el himno de Flp 2,6-11. Es una elección adecuada y honesta, pues este antiguo himno, en el que los primeros cristianos cantaban: “y toda lengua proclame: Jesús Cristo es Señor para gloria de Dios Padre”, es uno de los pilares de la tesis expuesta en su libro *Señor Jesucristo* y, al mismo tiempo, un objeto frecuente de discusión entre quienes no comparten la interpretación que Hurtado hace de él. Para responder a dichas críticas, el autor propone leer el himno sin los prejuicios de modelos previos, como por ejemplo el esquema de una supuesta especulación sobre Adán (Dunn). La clave para comprender lo que este himno refleja acerca de la primitiva devoción cristiana se encuentra en los versículos finales (9-11), donde hallamos la confesión antes mencionada. Se trata de una aclamación universal (toda lengua), que reconoce el señorío de Jesús en relación con Dios (para gloria de

Dios Padre). Este himno, que es anterior a Pablo, es un reflejo de esa primitiva cristología en la que Jesús recibe, junto a Dios, un culto en el que se reconoce su condición divina.

La segunda parte del libro está integrada por cuatro interesantes estudios previamente publicados, que complementan los precedentes y ayudan a comprenderlos mejor: “El monoteísmo judío del siglo primero” (1998); “Reverencia al Jesús histórico y la temprana devoción cristiana” (2003); “Oposición en el judaísmo antiguo a la devoción a Jesús” (1999); y “Experiencia religiosa e innovación religiosa en el Nuevo Testamento” (2000). Son cuatro trabajos excelentes, en los que se abordan algunos de los fundamentos de la tesis que Hurtado expone en *Señor Jesucristo* y en las conferencias recogidas en la primera parte de este libro. Por la novedad del enfoque y por la importancia que tiene en el planteamiento del autor, resulta especialmente interesante el último, en el que expone detalladamente cómo un estudio de la experiencia religiosa con ayuda de los modelos de las ciencias sociales permite comprender mejor el importante papel que tuvo la experiencia religiosa y del culto en la innovación que supuso el reconocimiento de la condición divina de Jesús junto al Dios del AT.

El segundo libro objeto de esta reseña (*God in New Testament Theology*) forma parte de una colección (“Biblioteca de Teología Bíblica”), cuyo objetivo es examinar las diversas concepciones de lo divino en el NT, así como la forma en que estas pueden contribuir a la reflexión teológica contemporánea. En realidad, el libro podría muy bien haberse titulado “Dios en el Nuevo Testamento”, pues este es su tema, aunque es cierto que de fondo está presente el interés por mostrar cómo la reflexión del NT es el fundamento de la posterior discusión sobre el Dios que dio como resultado la definición de la fe trinitaria.

El libro consta de cinco capítulos y una introducción. Esta comienza poniendo de manifiesto que el tema de Dios ha sido objeto de un notable descuido en los estudios sobre el NT por dos razones: primero, porque dichos estudios se han centrado en Jesús; y segundo, porque no se suele presuponer que no se da una diferencia sustancial con respecto al Dios del AT. En esta situación, el autor se propone reflexionar sobre cómo la relación de Jesús con Dios y de Dios con el Espíritu, tal como aparecen en el NT, configuraron la imagen cristiana de Dios.

El primer capítulo ofrece una detallada historia de la investigación. La falta de interés por el tema de Dios observada por Niels A. Dahl en la década de los setenta se ha ido subsanando en cierto modo en los últimos treinta años. Los estudios realizados en este tiempo se han centrado en las cartas de Pablo y en los evangelios, dando lugar incluso a algún estudio de

carácter más general. Hurtado piensa que ha llegado el momento de abordar el tema globalmente en todo el NT, pasando de la descripción al contenido. Se apoyará para ello en los estudios realizados por otros y en sus propios trabajos, que adquieren en este contexto una nueva resonancia.

El segundo capítulo, que junto con los dos siguientes conforma el núcleo del libro, está encabezado por una pregunta: ¿Quién es “Dios” en el Nuevo Testamento? Hurtado coloca entre comillas la palabra Dios para recordarle al lector que está hablando de una imagen de Dios particular, una imagen que probablemente no coincida plenamente con la que tenemos hoy como resultado de la evolución dogmática o la reflexión filosófica. Para los primeros cristianos, Dios era el Dios del AT, al menos para la mayoría de ellos y ciertamente para los autores del NT. Es este “Dios” el que se ha manifestado en Jesús a todos los pueblos, exigiendo una respuesta de fe. La designación de este Dios como “Padre” revela la relación única con Jesús, el Hijo. Esta relación única y nueva se expresa, sobre todo, en la devoción de los primeros cristianos. Surge así una nueva forma de monoteísmo, en la que también tiene un lugar importante el Espíritu.

El capítulo tercero aborda la primera de estas dos relaciones: “Dios y Jesús en el Nuevo Testamento”. Jesús es, sin duda, la figura central del NT, pero su lugar y su papel se definen siempre en relación a “Dios”. Jesús está unido a él de forma única, pero no lo reemplaza. Esta peculiar y única relación se percibe en la práctica devocional de los primeros cristianos, que daban culto a Dios “a través de Jesús”, o “en Jesús”. Jesús no es, por tanto, una segunda deidad, sino alguien que está íntimamente unido a Dios, y lo está de tal modo que se produce una nueva configuración de las prácticas devocionales y, en definitiva, una nueva imagen de Dios. Ahora bien, el “Dios” que queda redefinido no es otro que el del AT. Se da así una continuidad con respecto a la imagen de Dios (sobre todo en el cristianismo ortodoxo del NT), y también un desarrollo que supone una novedad.

El cuarto capítulo, dedicado al “El Espíritu de Dios en el Nuevo Testamento”, estudia cómo la acción del Espíritu Santo y lo que se dice sobre él afecta a la representación de Dios en el NT. Situada en el contexto del AT y del Judaísmo contemporáneo, la imagen del Espíritu que aparece en los escritos neotestamentarios resulta peculiar. El Espíritu ocupa un lugar central y su acción, que propicia entre los creyentes una intensa vivencia religiosa, se explica como el cumplimiento de las promesas escatológicas. Por otro lado, el Espíritu de Dios está estrechamente vinculado a Jesús, hasta el punto de que en algunos lugares se puede hablar del

“Espíritu de Jesús” (Gál 4,4-6; Rom 8,9, etc). Los dos rasgos más característicos son, pues, una presencia significativa y una estrecha relación con Jesús.

Una serie de “observaciones conclusivas” configuran el quinto capítulo, que trata de recoger las conclusiones de los precedentes. La primera es que existe una cierta coherencia en la diversidad. A pesar de sus naturales diferencias, todos los textos del NT se refieren al Dios del AT que se revela en Jesús y a través de él recibe culto. La segunda conclusión es que el discurso sobre Dios en el NT tiene forma triádica. No es todavía una reflexión trinitaria, pero las discusiones y formulaciones trinitarias no habrían sido posibles sin el planteamiento del problema que ya está en estos textos. En tercer lugar, en el contexto de la historia de las religiones, la imagen de Dios que ofrece el NT es una innovación y supone una crítica de las ideas precedentes sobre “los dioses”.

Aunque el resumen precedente no hace justicia a la riqueza y a la profundidad de la reflexión de Larry Hurtado en estos dos libros, el lector de esta recensión habrá podido captar cómo en ellos aparecen una serie de temas que ya habían quedado planteados en *Señor Jesucristo*. Con frecuencia añade nuevos matices que vienen a enriquecer su reflexión, y en otros casos reitera observaciones importantes para comprender cómo se fue configurando la imagen cristiana de Dios. Su perspectiva es decididamente canónica, pues se centra en los escritos del NT, formulando conclusiones que no serían aceptables para otros escritos cristianos contemporáneos. Así, la importantísima observación de que el Dios cristiano es el Dios del AT, es evidentemente válida para el cristianismo protoortodoxo, pero no lo es, por ejemplo, para el marcionismo ni para la mayoría de los grupos gnósticos. En este sentido, resulta muy atractiva la sugerencia de que esta afirmación del Dios del AT pudo haber desempeñado un papel importante en la configuración del canon (*God in NT Theology*.... pp. 33 y 70).

La relación de Jesús con Dios, que aparece explicada de formas diversas y formulada cada vez con mayor claridad, es, a mi modo de ver, una de las aportaciones más importantes de los estudios de Hurtado. El hecho de observar esta relación desde el prisma de la “devoción”, es decir, desde la práctica de un culto que implicaba a las comunidades cristianas en su conjunto y no solo desde las ideas de sus miembros más cultos, me parece también una importantísima aportación para conocer cómo se fue configurando la imagen cristiana de Dios. En ella, Jesús no aparece como un “segundo Dios”, sino como el mediador en la relación con Dios. No un mediador cualquiera, sino un mediador que participa de su misma condición y, debido a ello, recibe culto juntamente con Él.

La insistencia en que esta profunda “mutación” de la imagen de Dios tuvo lugar muy pronto requiere, sin embargo, algunas matizaciones. Es evidente que el estudio de los textos invita a desechar definitivamente la idea de la escuela de la historia de las religiones, según la cual esta mutación habría sido el resultado de un largo proceso en el que el helenismo habría tenido un papel decisivo. Pero también podría ser exagerado afirmar que todo sucedió en los cinco o seis años posteriores a la Pascua. Las primitivas fórmulas de fe y los más antiguos himnos cristianos confirman que el reconocimiento de la condición divina de Jesús tuvo lugar muy pronto (véase el estudio sobre Flp 2,5-11 en el cuarto capítulo de *How on Earth...?*). Sin embargo, tanto las cartas del NT, como la tradición evangélica ofrecen datos para pensar que hubo una evolución, un progreso a la hora de comprender y formular la condición divina de Jesús y su relación con Dios. El impulso principal para ello, como subraya Hurtado, fue interno, pero no se puede negar que el contexto, y en especial el contexto religioso del mundo del imperio, tuvo un influjo en este proceso que permitió comprender y formular cada vez con mayor precisión la identidad de Jesús y su lugar junto a Dios. La clara posición de Hurtado sobre este tema invita a una discusión en la que habría que introducir algunos matices.

El interés de un ensayo no solo reside en la respuesta que da a las preguntas que plantea, sino también en la forma en que las responde y en su capacidad para enunciar nuevas cuestiones o suscitar nuevas reflexiones. En este sentido, hay que agradecer al Prof. Hurtado las estimulantes reflexiones que continúa ofreciéndonos en torno a una cuestión decisiva para el cristianismo hoy.

*Santiago Guijarro Oporto*